

LA ACADEMIA CALASANCIA



FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS. ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE



ESTUDIO V ACERCA DEL MODERNISMO

VERDADERO CONCEPTO DEL INMANENTISMO EN SUS RELACIONES
CON LA FE

II

EL hombre es un ser moral y social, verdad palmaria, jamás desmentida por el sentido común de la humanidad, criterio de certeza ineludible, base de la evidencia, cooperador de la objetividad en los hechos de conciencia, sostén de la veracidad sensitiva, nervio vital de la evidencia de la autoridad, y solamente negado por inteligencias dominadas por el pesimismo o el idealismo más exaltados.

La persuasión íntima de nuestro doble carácter moral y social reclama, como ya lo hemos visto, dada la universalidad y constancia de este sentimiento, el Absoluto y Necesario. La afirmación de esas verdades, a todas luces trascendentales; — pues vienen a ser como la razón suprema, la base fundamental y el alimento de nuestras más sublimes aspiraciones, nacidas en el fondo de una conciencia firmemente persuadida de su dignidad y socialidad — no se busque ni en el diletantismo de Spinoza, Fichte, Schelling, Hegel y Vacherot, que con sus negaciones da, no sólo un solemne mentís a nuestros deseos connaturales, sino incurre en contradicción manifiesta con las leyes más elementales de la sana metafísica; ni en la filosofía negativa de Spencer, Fouillée y Guyau que, al prescindir de tan importantes problemas y prorrumpir en «el quién sabe» del escepticismo, destruye aquella armonía embelesadora con la que el ser intelectual y moral recreaba sus altas regiones anímicas; armonía, reflejo de aquella perfección con que el espíritu funcionaba de por sí cuando imperaba en él el reino de la voluntad enajenada.

En virtud de una necesidad — ya que, según J. Simón «sin la existencia de un Absoluto no pueden subsistir los conceptos de religión natural», y el género humano, en el estado actual de civilización, no debe buscar su salvación «en los plácemes de la ciencia» (1), «de una ciencia en cuyas fronteras aparece el misterio y cuanto más dilata más agrandan las proporciones de lo inexplicable» (2); de una ciencia «*vergonzosamente en bancarrota*» (3); sino ha de recurrir hacia el faro luminoso, manifestador de religión sobrenatural; única capaz, en medio del torbellino de las pasiones, ignorancias y errores, de presentarnos el Necesario, tan ardientemente presentado por la sensibilidad moral, el Absoluto, tan imperiosamente reclamado por el espíritu pensador; Necesario y Absoluto, sintetizados en el Bien Infinito; exigidos, en último término, por la actividad esencialmente libre de la voluntad humana; pues, sin el «*primus actus amoris*» los cinco componentes del voluntario son incomprensibles, o mejor, irrealizables; — no podemos menos de exclamar, con el malogrado defensor del espiritualismo católico, en los tiempos modernos: «la fe es la antorcha que guía al hombre por el sombrío laberinto de la realidad de la vida». La fe descifra la incognita tras la cual va el genio del hombre, que, en sus elucubraciones, o no ha querido o no ha podido hallar la solución del problema planteado en todas las edades. En fin, la fe adquirida, en la actualidad, por el ascendiente imperioso de la aureola social; «Yo he llegado a las creencias católicas por medio de mis creencias sociales» (4) «La observación de los hechos sociales, tal como yo la he presentado, conduce a la fe, a los que de ella se han alejado, y estimula y confirma a los que nunca la abandonaron» (5) «De todas las razones que me han movido a creer, las morales, o por mejor decir, las sociales, han sido las más decisivas» (6); la fe, inmutable resplandor de la verdad que la sustenta es el resorte poderosísimo, causante de aquel dulce sosiego, de aquel ambiente de paz y ventura para la región, por antonomasia, *ultra-material* con el cual se destruye las negaciones y fluctuaciones de ciencia fermentada y se establecen los principios postulados por nuestra constitución interna.

¿Quiere esto decir que la fe sea *eminentemente racional*, en el sentido de ser como el fruto de una exigencia interna, de una verdad postulado, complemento más o menos necesario de las exigencias inmanentes en el espíritu; a semejanza de un alimento que, para llegar a producir su efectividad propia, presupone, en el que lo recibe, disposiciones previas, cuales son, apetito y aptitud para digerir, como afirma Le Roy?... (7) No; la fe es un don gratuito; es la manifestación más elocuente de la Bondad y Liberalidad del Creador de la in-

(1) Balfour.

(2) H. Poincaré.

(3) Brunetière.

(4) P. Lacordaire.

(5) Le Play, citado por Mgr. Baunard, en la «Fe y sus victorias».

(6) Brunetière.

(7) Dogme et Critique.

teligencia humana; viene a ser como la nueva Antígone que guía al hombre por la experiencia meramente sensitiva e intelectual hasta dar con el terreno trascendental, muy por encima de nuestras fuerzas, porque media un abismo entre lo natural y lo sobrenatural.

Nuestras energías inmanentes, que han logrado producir tan bello ideal, son incapaces *de por sí* de dar con el auxilio soberano. De manera que «atendidas las aspiraciones y flaqueza humanas, se hace *moralmente necesario algún auxilio divino*» (1) «El sentimiento íntimo conduce a los hombres más avisados a reconocer la necesidad de un *auxilio* divino (heavenly guide) para instruirles y confirmarles en el bien» (2); déjase oír, primeramente de un modo confuso y luego con suma claridad, en los fueros de nuestra conciencia. He ahí la *verdad postulada*, según el criterio eminentemente católico de la apologética moderna. «Aun en el orden natural sentimos una como necesidad de una ayuda para el logro del desarrollo de nuestras aspiraciones legítimas y la perfección integral de nuestra acción humana» (3); mas, no debe confundirse esa primitiva exigencia de un auxilio necesario, dada la historia de las degradaciones y vilezas más abyectas en que ha incurrido el pensamiento humano dejado a su antojo y con libertad omnimoda, sin proveerle de aquellos lazos amorosos, aéreas cadenas que, lejos de coartarle, son su salvaguardia. «Al contemplar la historia del género humano veo claramente en ella la necesidad de *un auxilio divino*» (4) con la fe postulada, como nos dicen los patrocinadores del inmanentismo absoluto, tan acérrimamente defendido por Blondel, Tyrrell, etc... El sistema de la inmanencia como medio para preparar a la demostración histórica, o sea, para producir la credibilidad en los criterios externos es perfectísimo y el más adecuado, dadas las corrientes filosóficas de la sociedad contemporánea; mas, quien quisiera encastillarse en el criterio intrínseco, forzosamente habría de estrellarse, incurriendo además en las censuras de la cátedra infalible de verdad; existe una capacidad, una conveniencia, una necesidad moral; pero, jamás una *exigencia verdadera* «verique nominis exigentiam» (5).

El pensamiento humano desilusionado ante la imposibilidad de poder alcanzar, con sus propias fuerzas, un orden tan trascendental, es, en cierto modo, perfeccionado con el auxilio precitado, vuelve a adquirir aquella claridad primitiva ofuscada, o por lo menos, amenguada por la acción de una voluntad eminentemente egoísta, movida a su vez por la pasión, destructora de todo cuanto indica progreso en el orden de la moralidad y firme propagandista del «statu quo»

(1) Tanderrey «Synopsis Theologiae Dogmaticae».

(2) C. Newman. Essai ou «Miracles» p. 19.

(3) Le Bachelet, S. J. «De l'apologétique tradit. et de l'ap. moderne; Paris, 1897, p. 140.

(4) Aug. Thierry.

(5) Ency. «Pascendi» n.º 39 «Hic autem queri vehementer. Nos iterum oportet non desiderarie catholicis hominibus, qui quamvis immanentiae doctrinam ut doctrinam rejiciunt, ea tamen pro apologesi utuntur; idque adeo incauti faciunt ut in natura humana non capacitatem ad ordinem supernaturalem quod catholicis, opportunis adhibitis temperationibus, demonstrarunt semper, sed *germanam verique nominis exigentiam*»

proclamado en la celeberrima ley psicológica «*quaerunt quae sua sunt*». Ante la luz, la voluntad recobra sus fueros y comienza a restablecerse, en la región anímica, el reinado de *aquella buena voluntad*, con la cual se ven las cosas tales como son, y no, como quisiéramos fuesen. ¡Ah! dejadle al espíritu en posesión de tan preciada joya; dejadle disfrutar de sus ventajas, e insensiblemente el prejuicio contra lo divino y sobrenatural desaparecerá; no se formará, es cierto, la creencia, pero se irá preparando. «La buena voluntad no constituye la creencia; la prepara; no crea la luz; pero, predispone al espíritu para verla. No se llega a creer en las cosas porque se anhele que así sean; se logra verlas, porque, aun cuando nos venga muy cuesta arriba, se quiere ver, no lo que gusta, sino lo que es. Si es menester esforzarse se realizan estos esfuerzos; si hay que sobrepujar dificultades, se combaten; y, si no hay más remedio que luchar con repugnancias, oriundas de una razón demasiado débil o de una voluntad defectuosa, se triunfa de tamaños obstáculos» (1).

La acción divina es tan perfecta que reclama una preparación conveniente en el ser bienaventurado, próximo sujeto de sus bondades; los esfuerzos primitivos nacen del «yo»; los motivos de credibilidad, productores del asentimiento son, no sólo internos, sino externos; la facultad de elegir se verificará en un instante dado, mediante las leyes del orden moral; pero, cual madre bondadosa, la Divina Providencia, primera dispensadora de aquel auxilio moral, factor esencialísimo en la producción de la «buena voluntad», al ver la belleza psicológica de un espíritu humilde y sincero «*abscondisti haec a sapientibus et prudentibus et revelasti ea parvulis*» va a mover nuevamente, mediante su gracia, por persuasión y sin quebrantar, en lo más mínimo, el acto libre, la voluntad; de su hechura; «*Crear es el acto de la inteligencia, en virtud del cual asentimos a la verdad divina mediante el impulso de la voluntad, movida, a su vez, por la gracia*» (2); y al realizarse el *Fiat* divino, surge en las altas regiones del espíritu la luz fija e inmutable «*substantia rerum sperandarum*», la antorcha maravillosa de la fe.

Henos ya ante el don, por excelencia, «*Si scires donum Dei*»; última de las preseas de la Inteligencia Divina; manifestadora elocuente del orden moral y religioso. ¡Oh Padre celestial!.. cuanto incumbe a la ciencia y discusión racional, lo has confiado a los más sabios; el orden moral y religioso, creíste conveniente conferirlo a los hombres de buena voluntad (3); esto es, a los iluminados por la fe; justo premio de nuestras aspiraciones más íntimas y connaturales; pues sin su auxilio quedaban defraudadas. «*Alia enim sunt quae, nisi intelligamus, non credimus; et alia sunt quae, nisi credamus, non intelligimus*» (4)

(1) Ollé. Lapruné. «*Certitude morale*», ps. 413 y 414.

(2) Sto. Tomás. 2, 2.^a, p. 2. a. 9.

(3) Renan. «*Avenir de la métaphysique*».

(4) S. Agustín (In ps. 118, sermó 18).

Con la fe vese perfectamente la inmutabilidad y acción permanente de aquel Absoluto y Necesario, sin principio ni fin, que, en todas las edades y fases de la actividad humana es como sostén, guía y meta de los anhelos más puros, desnaturalizados, miserablemente, por la «Escuela de las tinieblas».

«Credo Domine» exclama la inteligencia enajenada con la posesión de tan rico auxilio; porque mi creencia no rebaja mis conocimientos, sino los depura de toda escoria; los ensalza e idealiza; no deprime las fuerzas actuales y latentes de mi razón, sino, sacándola del estado de potencialidad e ignorancia negativa, evita los errores hacia donde tiende.

El objeto de la fe; Aquel que nos habló y dió testimonio de lo que ha visto y oído en el otro mundo «Et quod vidit et audivit hoc testatur» (1); Aquél que estableció, «como *postulado fundamental* de su doctrina, la sociabilidad y moralidad humanas» (2); latiendo, como veremos más adelante, en el carácter del hombre, en el Arte, la Historia, la Literatura, la Filosofía y la sociedad, ha salvado, nuevamente, al espíritu desfallecido por el dilettantismo y la ciencia negativa, para quien, nadie ha venido a contar a los hombres lo que pasa al otro lado de las sombrías regiones de la muerte — «Jesus Christus Salvator hominum».

ADOLFO ROGER, Sch. P.

EL X CONGRESO INTERNACIONAL DE

ESTENOGRAFÍA Y MECANOGRAFÍA

Aunque por imposibilidad material no nos ha sido posible dar cabida a estas notas en números anteriores, no queremos renunciar al placer de consignar en estas páginas lo solemne e importante del mentado Congreso, haciendo honor a la Revista *La Taquígrafia*, órgano de la Academia de Barcelona, que tan honrosas lides viene sosteniendo por el mejoramiento de las condiciones en que se viene desenvolviendo la profesión de este arte tan íntimamente unido al ejercicio de las facultades intelectuales del individuo.

La celebración de Congresos científicos, ya revisten importancia y gran provecho para el público; las Exposiciones y Museos de productos del Comercio, de experimentación, etc., ya son utilísimos porque tienden a nutrir la cultura general de una parte, y a perfeccionar con nuevas impresiones los conocimientos que de las respectivas materias tengan los profesionales. Pero Congresos como el último de Taquígrafia unen a esas cualidades, a esos caracteres, el importante y triste al mismo tiempo, de divulgar un sistema de la actividad humana, que por lo que respecta a nuestra España ha vivi-

(1) S. Juan, c. III. 32.

(2) A. Luga. «L'enseignement social de Jesus Christ».

do casi ignorado por nosotros algo más de un siglo, que es el tiempo que media desde que el insigne publicista D. Francisco de P. Martí publicó la primera edición de su obra. *Tachigrafía castellana o arte de escribir con tanta velocidad como se habla y con la misma claridad de la escritura común*. Y no hay que dudarle; lo útil, lo necesario, es preciso que lo hagan manifestar así aquellos privilegiados que supieron hallarlo, porque, como ocurre en un orden general, no es el pueblo el que lo escudriña. Pero, es preciso reconocerlo así si no queremos pecar de exagerados: por lo que a la Taquigrafía respecta, la falta de manifestaciones públicas de la eficacia de dicho arte ha sido suplida siempre, muy plausiblemente, por un trabajo constante, íntegro, firme; en el que por Instituciones estenográficas se pusieron en juego una infinidad de sacrificios y de esfuerzos, que aplicados en gran número a la enseñanza, han ido produciendo esos ópimos frutos que tan exuberantes y simpáticos hanse manifestado en el X Congreso de Estenografía, celebrado en Madrid.

Por su carácter internacional, dado es suponer que la tónica general de las memorias, discursos e intervenciones fué de examen superficial del arte taquigráfico, sin entrar en análisis de sistemas que por la variedad de lenguas, construcción y giros peculiares hubiera resultado inequitativo y estéril. Y así se limitó al examen de las organizaciones respectivas de los servicios taquigráficos, al de los procedimientos de enseñanza, al del desarrollo comparado que en cada país alcanza, al de la conveniencia de recobrar o bien ampliar el apoyo oficial en aquellos Estados faltos del mismo, o en los que ya existen estas corrientes; al de las condiciones particulares del taquígrafo en relación con las leyes internacionales de propiedad literaria; y de otros muchos aspectos no menos importantes. Por lo que a los españoles respecta, conviene anotar las buenas disposiciones que representaba la existencia y manifestación en dicho Congreso de tres escuelas contrapuestas, la madrileña o Martí puro, la catalana y la de Garriga, todas abogando por la unificación y mostrando las mejores disposiciones para lograrlo. ¡Ojalá llegue el día en que ofrecerse pueda a Martí homenaje tan espléndido y halagüeño! porque tal día se habría colocado la primera piedra del gran monumento de la Taquigrafía unificada española, que es el ideal por cuya realización debemos trabajar los poseedores de tales conocimientos.

Asistieron delegados de Colombia, de Francia, de Grecia, de Guatemala, Hungría, Portugal, Alemania y Uruguay, la flor y nata de los taquígrafos españoles, como los Cuerpos de las Cámaras Colegisladoras y eminentes taquígrafos de la capital y provincias, mereciendo consignación especial la representación de la Academia de Taquigrafía de Barcelona, formada por la Sra. Cots y los Sres. Cardona, Verdaguer y Pigrau, el primero su infatigable Presidente y digno profesor de dicha asignatura en el Colegio de Nuestra Señora de las Escuelas Pías.

Presidió la apertura el Ministro de Instrucción Pública y la Cierre el Subsecretario de dicho Departamento.

Una nota verdaderamente simpática para nosotros y de extraordinaria oportunidad el consignarla, fué el discurso del ya mentado señor Cardona en la penúltima sesión, pronunciado en catalán, confundido con los de los demás delegados extranjeros, y que fué acogido con verdadero entusiasmo.

Con esto se deshace el infundio propalado de que nuestro idioma había sido rechazado por los organizadores del Congreso y que motivó la abstención en las tareas del mismo de una Asociación autonomista de esta capital, importante y seria.

De esa protesta se hizo eco nuestra Revista, por cierto en términos bien rotundos y enérgicos; fundándose en un acto que se juzgó en aquel entonces cierto; pero llegada la ocasión en que con actos de gran consideración y simpatía se demostró lo contrario de lo supuesto, no hay inconveniente en rectificar nuestra crudeza de expresión. Las consideraciones se formulan siempre sobre un hecho real o supuesto; demostrada su falsedad, aquéllas caen de su base.

En la ocasión presente, pues, al expresar esta rectificación nos complacemos en exteriorizar nuestra satisfacción por la aproximación iniciada en estos últimos tiempos entre dos pueblos, cuyos antagonismos y rivalidades, a nada útil ni positivo condujeron.

Y volviendo al orden general del Congreso, fueron digno remate del mismo los grandes concursos de Taquigrafía y Mecanografía y la brillante Exposición Esteno-mecanográfica, celebrados dichos actos en el Palacio del Retiro.

En resumen; ha sido el X Congreso Internacional por todos conceptos notable, y de verdadera trascendencia para el porvenir de la Taquigrafía, particularmente la española.

Hacemos votos porque esos días felices se aproximen, y por la mayor prosperidad de la Academia de Taquigrafía de Barcelona, a la que indudablemente queda reservado puesto de honor en el encumbramiento de ese arte.

JOSÉ CUENCA PÉREZ
Secretario de la Academia

CRÓNICA ESCOLAPIA

DE CATALUÑA

COLEGIO CALASANCIO. — La Academia del Colegio Calasancio de las Escuelas Pías honró a su excelsa protectora, la Virgen Inmaculada, con una escogida sesión literario-musical.

Con muy grata sorpresa de los académicos y demás alumnos presidió la sesión el Rmo. P. General Tomás Viñas, acompañado de los M. RR. PP. Asistente General y Vicario Provincial, el P. Rector del Colegio de Tarrasa y otros Padres.

Llenaron los números del programa adecuadas composiciones, que merecieron muchos aplausos, haciéndose dignos de mención los académicos señoritos Guardiola, Mata, Gaudier, Guasch, Mitjana, Feliu, Closas, Massó, Soler y Sala.

El Presidente, D. Manuel Massó, terminó el acto con un bello discurso, alentando a sus compañeros al amor a María, y dió luego las gracias al P. General por haberse dignado presidir tan sencilla y hermosa fiesta.

El Rmo. P. agradeció el obsequio y encargó a todos los alumnos que procuraran siempre ser muy devotos de María, que cual Madre cariñosa les conduciría a la gloria.

Réstanos consignar que la sesión finalizó con un himno a María, cantado por un coro de alumnos.

EL CRONISTA

BIBLIOGRAFÍA

LA NIÑA SANTA IMELDA DE LAMBERTINI Y LA ARCHICOFRADÍA DE LA PRIMERA COMUNIÓN Y PERSEVERANCIA INSTITUIDA BAJO SU PATROCINIO, por I. de J. D. T. — Un tomito de $8\frac{1}{2} \times 14$ cm., de 142 págs., enriquecido con 2 preciosas láminas, impresas en papel *couché*. Elegantemente encuadernado en cartóné, Ptas. 0'50; en lujosa encuadernación, tela inglesa y cortes dorados. Ptas. 1. (Por correo, certificado, Ptas. 0'50 más.) — Luis Gili, editor, Claris, 82, Barcelona.

Contiene esta obrita la relación de las gracias y caricias hechas por Dios a esta angélica niña y la inaudita maravilla de su muerte, causada del amor, en el momento de recibir la Primera Comunión.

Es Imelda hija de los condes Lambertini, de la ciudad de Bolonia. A su nacimiento asisten Jesús, la Virgen, San Juan Bautista y Santo Domingo de Guzmán. En el bautismo es transportada al cielo y allí acariciada del Padre celestial y de San José. La primera palabra que sus labios pronuncian es el nombre de María. A la edad de dos años empiezan a visitarla diariamente el Niño Jesús y la Santísima Virgen. El Niño juega con ella; la Virgen la acaricia en su regazo y le regala una medalla, que colgada de una cadenita de oro se la pone al cuello. La niña, en cambio, le ofrece flores, que la Virgen recibe y se las lleva a la gloria.

Llegada al uso de la razón, su vivísimo y constante anhelo es comulgar. Lloro mucho cuando ve que otros comulgan y a ella no se lo permiten. Para consolarla sale Jesús del sagrario en figura de niño y se va a ella haciéndole caricias. Un día, llorando más que nunca por comulgar, aparece en el aire sobre ella una pequeña hostia entre resplandores. Los concurrentes, atónitos, llaman al sacerdote, quien, conociendo la voluntad de Dios, toma la hostia en la patena y se la da a la niña. Queda ella inmóvil, los ojos cerrados, las manos cruzadas ante el pecho. Pasado largo rato la llaman; ella no responde; había muerto de amor y gozo. Tenía Imeldita diez años, siete meses y veintiocho días.

La Santa Sede la elevó a los altares. León XIII autorizó y enriqueció de indulgencias una Asociación fundada en Francia en honor de la santa niña. Pío X concedió nuevas indulgencias y trasladó a Roma el centro de esta Asociación con el título de *Archicofradía de la Primera Comunión y perseverancia bajo el patrocinio de la Bienaventurada Imelda*. Así quedó la seráfica niña constituida patrona de los niños de Primera Comunión, por ser ella niña como ellos, por ser venerada en los altares y por ser la única que al comulgar por primera vez expiró abrasada del divino amor.

Con lo dicho verán los niños, los párrocos y los directores de colegios la oportunidad de la publicación de esta obrita. En ella, además de la *vida de este ángel de la Eucaristía*, encontrarán una *noticia de la mencionada Archicofradía con sus indulgencias y otras gracias, una explicación completa de los Sacramentos de la Confesión y Comunión al alcance de los niños, un triduo en honra de la Santa Niña* y un precioso *canto* a su envidiable muerte, titulado *Idilio de amor divino*.

BIBLIÓFILO